

El Power Ranger Rojo.

(No sé si mi papá esté orgulloso de esto.)

De: Víctor Velo.

Intro. Energético Rock. Se funde in
/ax

Michel.

Rock de fondo

[Mi mamá escogió ese nombre y mi papá lo odió a cada segundo.

Uno y uno entonces, dijeron.

Y mi papá escogió Urbano, como su abuelo y su papá y él mismo.

Michel Urbano.

Entonces] Michel.

¿Qué es esa mamada de que sea de hembra y de macho, los nombres no pueden ser...

Ambiguos, Urbano. Completó mi jefa.

Esa madre. No vaya a ser...

¿Qué es lo que no vaya a ser, Urbano? La jefa contestaba con la férrea defensa que sólo los años de discusiones regalan.

Nada.

Pero va a hacer karate. Y Judo. Y cosas para que aprenda a tirar madrazos.

A los seis años ya gritaba como asiático desde un tatami. ¡Jía!

¡Jía! ¡Jía! Y a los siete saqué el primer chorro de sangre ajeno. A los siete también aprendí que hay muchos problemas cuando se usan las artes marciales para romper hocicos, aunque se lo merezcan.

Es que Michelito es muy agresivo y no aguanta nada. Le dijeron a mis padres en una junta escolar.

Urbano, se llama Urbano, fue la única defensa que mi papá pudo arrojar. A eso, le siguió un regaño tan falso que la directora reviró con un categórico:

Con razón.

Papá me exige detalles.

¿Le hiciste una llave?

¿Quién empezó?

¿Él te pegó?

¿Te vieron los otros niños? Que sepan que no se pueden meter contigo, Urbano.

Con tal de no volver a ver esa expresión en su cara, no volví a pelear en la escuela.

Pero seguí practicando.

Porque lo bueno está en saber que eres más fuerte, más rápido y más cabrón que los que tocan sus cláxones en las calles, que los que se quejan en la caja del supermercado, que tu vecino ruidoso y que su hijo que se escapa por tu techo cada dos días. Porque sabes que el día que las amenazas de uno de estos cabrones lleguen más lejos, ahí tú, sí: tú, vas a ganar y por mucho. Y aunque ese día no llegue, pues al menos lo sabes.

Fuera de partirle su madre a Pepe, el niño de la primaria, las artes marciales no me han servido más que para trabajar.

Un brinquito de este edificio al otro, está pelada, ¿no? Me dijo el director de la primera película en la que participé. ¿Tú te lo avientas? Contesto con la mirada clavada en su enorme barriga.

O sea, pelada para ti.

Y pues sí estaba. Para mí.

Clín. Brinquito y ya está.

Dos mil varos.

Así.

Clín. Brinquito.

Dos mil varos.

Fiesta.

¿No hay más jale?

Un brinquito sobre este carrito como que te atropella.

Usaba los diminutivos para intentar hacerme ver más fácil mi tarea.

Una caídita.

Un golpecito.

Una madremita.

Otra atropelladita.

Y entonces mil, dos mil, hasta cuatro mil varos en una sentada y sólo con moretones al siguiente día.

Lo decidí.

Papá. Le digo al teléfono. Voy a salirme de esa pinche ingeniería porque de plano no me hace feliz.

Ah. Contesta mi padre mientras que de fondo se escucha el inconfundible grito de Rafael Nadal en la final del Roland Garros. No le importa un carajo.

Bueno, eso era todo.

Aplausos en la tele y es entonces cuando papá se permite hablar.

¿Pero seguimos en pie con las artes marciales?

Sí.

Eso. Cuídate, chavo.

Tenía preparado un discurso sobre la meritocracia y cómo había dañado a nuestra generación. Le iba a decir, tajante y decidido, que no estaba dispuesto a trabajar como un burro sólo para tener una Mac y luego seguir trabajando para poder pagar el mantenimiento. Le iba a decir que lo mío, lo mío, era el cine con su magia y lo que me hacía sentir. Y le iba a decir... Pero no le dije una mierda.

Porque ante un "ah" ya no hay respuesta válida.

Un Ah, lo termina todo.

Y de por sí ya es complicado platicar.

Cuídate, pa. // *Incidental. Cotidiano. Alegre*

Me llamaron a una audición. Van a hacer el reboot, del reboot de los Power Rangers.

No voy a decir una chingada.

Sólo es recibir un golpecito por aquí, echar una marometita por acá, posar con las patitas bien abiertas por allá. Y así. ¿Quién es el actor al que me toca cubrir? Le pregunto al Yorch. Un stunt, -un doble, pues- tan molido por los golpes que no le quedó de otra más que hacerse agente, promotor y director de casting para el tipo de películas en las que participo.

No lo vas a conocer, contesta, es un chavo que salía en el Disney Channel.

Yo veía Disney Channel.

En el Disney Channel de ahora, mi rey. Es ese. Y señala a un negro gigantesco.

No mames, Yorch. Parece que tengo desnutrición extrema al lado de este cabrón. Además, yo quiero cubrir al Ryan. Tenemos un físico más parecido. Y es el rojo.

Ese güey trae al suyo, me dice el Yorsh para quitarme los ánimos, pero mi mente ya despegó hacer rato. Es su amigo, Michel. Ni de pedo. Ya con el traje te le emparejas al otro cabrón.

Si para ser el rojo, hay que ser amigo del Ryan, eso voy a ser.

Quíhubo.

No español. Dice el mamoncito este.

Pero I do english.

Do you want an autograph?



Somos colegas, mijo. Uno no le anda pidiendo chichi a los iguales. No, I wanna be you.

Ja, se burla el cabrón, good luck.

No you, you. I wanna be your stunt.

Not a chance. I have my own. Y voltea a ver al Billy, un güero bastante conocido por no saber caer y ser tremendamente cobarde ante las alturas.

I can do better.

And I don't care. Ah, pinche güero necio.

Ok, ok. ¿Unas cheves? Eso sí entendió.

Ok, but Billy still my boy. //

Tres cervezas, diez maldiciones al Disney Channel y un conteo rápido de las drogas que ambos habíamos probado, bastaron para que el Billy dejara de ser su boy y yo pudiera vestirme como el Ranger Rojo.

No era EL Ranger Rojo.

Pero sí el que me gustaba ver.

Ese que hacía piruetas, que saltaba por el aire.

Que posaba después de una innecesaria cata y lo hacía al frente del equipo.

El que miraba en la televisión, mientras papá se burlaba de los patéticos efectos especiales y las chispas de pirotecnia que saltaban con cada golpe.

Limón

Y ahí, en un set que desborda magia por todo él, pienso en el Michel niño.

¿Te gusta lo que estamos haciendo?

Sí. Me contesto desde la ilusión de mi pasado. Pero a él no le va a gustar.

Mi padre aplaude mi victoria desde la grada de un recuerdo.

Y por alguna razón, todo vuelve a sentirse equivocado, incompleto y mal hecho.

oscuro
tormenta/llovía

Hablé con mi padre durante una tormenta torrencial que me dejó encerrado en su casa treinta segundos después de despedirnos. Qué pinche incomodidad.

Todo lo que teníamos que contarnos, la actualización de la información, ya se dijo y no hay más.

Aunque por supuesto que siempre hay más.

Pero tenemos como acuerdo tácito no hablarlo.

Porque hay cosas que uno quiere discutir, pero no puede. Se sabe lo que va a pasar, porque siempre pasa.

Hay conversaciones de las que no se puede escapar.

¿Y... sigues con lo de las películas y los dobles y eso? Pregunta, mientras se arrepiente de tocar EL tema, como un patético intento de suprimir el silencio.

Ey, contesto. Y ahí se pudo haber quedado.

Ojalá ahí hubiera quedado.

(906906)

incomodidad

Pero no.

Porque mi papá y yo somos iguales y nos pica el silencio.

Pues tú sabes. Dice.

Me enchilo. Sí, yo sé.

El silencio vuelve hasta el umbral de la puerta.

Las gotas revotando en la lámina del techo, nos avisan que esto va para largo.

La foto de mi madre en la pared nos reprende a ambos.

Papá se tranquiliza chiflando al ritmo de canciones viejas o inventadas.

→ OFF ~~FOR THE~~.

[(Chiflido de papá) ¿Traes dinero?

Me río.

Porque ha sido una buena semana.

Porque no me lo creo que ese sea todavía un tema.

Pero evidentemente lo es.

Porque quizás yo también quiero discutirlo.

Claro que traigo. ¿Tú necesitas?

No, qué chingados, dice. Yo sí tengo jale.

Quiere sonar irónico. No lo logra.

Yo también. Que no trabaje en tu pinche maquila ocho horas mientras se me pudre el cerebro, no significa que mi trabajo no sea digno.

No dije que no lo fuera. Pero si hablamos de cerebros podridos... las patadas no acarician, chavo.

Arremeto. Ni el aburrimiento, ni el tedio, ni la chingada
depresión.

Mi padre recula. Tampoco te lo tomes personal, chavo.

Papá quiere terminar ahí la cosa.

Pero yo ya estoy encendido.

Entonces no lo hagas personal, ¿quién me metió en esto en
primer lugar?

Papá aprieta los puños y, con un dedo al aire, me da una última
oportunidad de parar. Ya estuvo, chavo.

Ya estuvo, pues.

Pero entre mi papá y yo, nunca está, no hasta que uno gana,
hasta que se da el golpe concluyente, hasta que llega la
rendición del contrincante.

So [(Chiflido de papá)] Yo quería que dieras los golpes, no que los
recibieras en lugar de un muchacho más talentoso que tú.

Sí, viejo. Perdón, pá.

Mejor me largo.

Mejor me empapo de lluvia que de coraje.

Mientras esquivo un charco y caigo en otro, pienso en él
pensando en mí. ¿Qué le diría yo a mi hijo? ¿Tendría las mismas
expectativas? ¿Los mismos sueños frustrados? ¿Supondría que
todo lo que quise ser, él tendría que serlo?

Y pienso también en mí.

En los jía, jía, jía, tirados desde muy in.

~~Chiflido~~
~~(Chiflido)~~

En el costalazo que celebré mientras que mi rival no podía recuperar el aliento.

En las veces que busqué la aprobación, primero en la grada y luego en mi entrenador.

Me quedo sin aire... ¿y si todo lo que soy no es más que lo que otros querían que fuera? ¿Y si por mí mismo, no soy en realidad nada?

Verga.

~~Cristina~~

Nostalgia. Resiliencia.
Extrañar.

(5/9/20)

Mi mamá murió en 1999. Yo tenía diez años y un chingo de miedo de que el mundo se acabara.

5 minutos

Pensé que la tierra abriría un cráter el 1 de enero del 2000, exactamente a las 00:00.

Pero no.

Conocí los usos horarios ese día y me di cuenta de que en España la vida siguió tan normal como siempre, incluso después de las doce.

Que las computadoras fueron capaces de cambiar el 9-9, por el 0-0.

Y que el mundo se había acabado dos meses antes de lo pronosticado. Al menos para mí.

Su funeral fue aburrido. Mis tías rezaron la misma letanía dos días seguidos frente a su ataúd y en casa dos semanas más entre champurrado y pan dulce.

Comí una dona todos los días.

Engordé.

Y me di cuenta de que ya no se trataba de mi mamá, si no de las donas.

No me acuerdo de ella en el ataúd. Creo que no la vi. Pero me acuerdo que la de azúcar sabía a gloria y desde entonces nunca compro de otro sabor.

El último día, mi papá me paró en seco:

Ya estuvo, Urbano.

Michel.

Mañana entrenas.

Y ya. Ese fue el comienzo de nuestra vida sin mi mamá. Dos hombres que no sabían hacer mucho ni como padre, ni como hijo. Pero que estaban irremediablemente juntos en esto.

La gente nos veía con preocupación.

No la van a armar, pensaban.

Incluso mi tía Eugenia sugirió que me fuera a vivir con ella.

Está pendeja, papá.

Estás pendeja, Eugenia. Yo me encargo.

Es mi hijo, dijo.

Porque dentro de todo lo que fuera, y de lo que carecía, eso siempre lo puso por delante: su hijo.

Tu abuelo estaba, pero no estaba, chavo.

Cuando se ponía borracho le daba por hablar de él.

Supongo que es hereditario.

Entonces, yo estoy, chavo. Aquí estoy, chavo. Contigo. ¿Me entiendes, chavo?

Sí, Urbano.

Nos faltó todo: creatividad en la cocina, adornos innecesarios, un árbol de navidad decente. Pero yo tuve a mi padre y él tuvo a su hijo. Con todo, pero ahí.

¿Me entiendes, chavo?

Sí, papá. // *Energético. Disruptivo.
Intensidad. Impulsivo. Adrenalina.*

(110bpm)

El Ryan era un pésimo actor.

Malo.

Pero malo en serio.

Y no es que yo sea un actorazo.

Es más, ni actor.

Yo soy doble.

Pero mejor que él, sí era. Pelada.

Por esos días conocí la historia de Tonya Harding.

No, Michel, no mames.

Me dije.

Contexto: Tonya mandó a que le rompieran una pierna a su competidora más cercana antes de las Olimpiadas.

Y otra vez me dije: No, Michel. Ya

¡Que te duermas, cabrón!

Pero me acuerdo del Ryancito, de que no puede decir media maldita línea sin trabarse. Sin repetir la toma. Sin su "I need a break".

Michel. Come here, you bastard.

Y ahí voy yo. ¿Qué pedo?

This character is awfull

El Ryan se queja de todo: que la producción, que los compañeros, que el guion, que él estudió en quién sabe dónde y qué hizo quién sabe qué. Cabrón, yo no me acuerdo ni de haberte visto en el Disney Chanel.

Y mientras lo dice, Tonya reaparece en mi mente.

Y junto a ella, el coqueteo descarado que tienen la herramienta que dejó alguien de producción por ahí, los elementos de utilería que si bien no disparan, igual golpean. Pienso hasta en el palo de escoba a un lado o en mis propios puños que, yo lo sé, podrían dejar pendejo de por vida al Ryan.

¿Y quién para suplirlo?

Pues yo mero.

El Michel Urbano. El Michel a secas.

Fucker, are you even lisent to me?

Interrumpe el Ryan.

Simón, Ryan. ¿Ya estás mejor?

¿Chaves? Pregunta en su patético español.

este
Interrumpes
Interrumpes

Cheves se dice, Ryan.

Y claro que sí.

Salimos por la noche. Estoy seguro que no quedó ninguna escena bien.

¿Cómo actúas mal a los Power Rangers?

¿Qué tan difícil es decir: Ready, go, go, Power Rangers?

Si es cultura popular..

En el camino al bar, Ryan habla. Y habla. Y habla.

Y habla.

A ese cabrón le gustaba hablar.

I am, I think, I can, I, I, I.

Sí, todos somos unos incapacitados a su lado porque él ES.

No sabe hacer nada.

Pero nada.

Y sin embargo, es.

Are you fucking lisent to me? //

¿Y quién no, cabrón? Tu voz se escucha por toda la perra calle.

Simón, Ryan.

Hazlo, Urbano. Dice Tonya en mi mente.

No, no, no.

Una calle transitada donde cualquiera podría tropezar.

Una botella rota.

Un palo de golf en la basura.

Y el cráneo de Ryan que suplica ser golpeado.

*Simón, Ryan
de la calle*

Tonya Harding me guiña el ojo en cada oportunidad.

Pero yo resisto.

Aunque se lo merezca.

En el bar, Ryan bebe y su boca se afloja.

Más.

Si el hombre es estúpido cuando está sobrio.

Cuando bebe es... estructurado y melancólico.

Un niño demasiado asustado con la vida perfecta que le tocó.

When I have sixteen, I got my first millon. You know?

¿Tú sabes lo que hace un adolescente con un poco de dinero?

¿Y con mucho?

Claro que se fue a la mierda.

Ni le gustaban los Power Rangers. ¿Cómo? Si nunca los vió.

Pensó que era un producto nuevo hasta que su padre, SU PADRE, le explicó que eran personajes de su niñez.

Ryan quería ser otra cosa. No sabía qué. Pero no actor.

O quizás sí.

Pero diferente. Le encantaba la lana, pero odiaba pensar en él como el niño del Disney Channel.

Supongo que al final nunca se está conforme con lo que uno es.

Pinche Ryan, no sabes lo que daría por estar en tu lugar.

You wanna switch? Dice con una lágrima en la mejilla y el mezcal todavía raspando su garganta. ¿Cambiamos?

¿En serio?

El príncipe y el mendigo merodean por mi cabeza.

Y luego el cabrón se ríe.

I fucking with you! Another one!

Y eso sí me calentó.

¿Qué pedo, Tonya? ¿Qué procede?

Sí, lo pensé.

Como llevaba pensándolo toda la noche, todo la semana. Desde que lo conozco, pues.

Pero no lo hice.

Y que esto quede muy claro.

YO NO LO HICE.

Al día siguiente no se presenta a trabajar.

Y que se para la producción.

Ya enfundado en el traje del Ranger Rojo vi mi oportunidad.

¿Qué hay que hacer? Le pregunto al director.

Nada, sin Ryan esto se va a la mierda.

La producción perdería miles por un día sin grabar. Entonces lo fueron a buscar. Y lo encontraron.

La noticia recorrió todos los tabloides de noticias del mundo. Ryan Smith, ese bello niño del Disney Channel, había sido encontrado en su habitación de hotel, muerto. Ahogado en su propio vómito.

Ryan, dentro de todo, se había convertido en mi amigo.

Y yo me convertí en su Tonya Harding ante la policía.

Tres días de interrogatorios, pruebas toxicológicas y revisiones invasivas después... me dejaron ir.

Volví al set sólo para encontrar un moño negro mal hecho en el camper que ahora ocupaba Billy, de nuevo el stunt del Ranger Rojo. Nadie se veía consternado, nadie lloró por un segundo la muerte de Ryan, ni Billy.

Porque la producción ya había perdido muchos miles y había que recuperarlos.

El Yorch me pidió que no hiciera pedo.

Igual lo mío ya estaba casi terminado y lo que faltara le tocaba a su doble oficial.

Además, yo me había quedado a dos pasos del bote.

¡Que no tuve nada que ver, Yorch!

La película nunca se va a estrenar.

El estudio los mandó a la chingada cuando vieron el corte donde el Ryan, que en paz descansa, aparecía apenas 14 minutos.

Es que era malo para la actuada.

Pero malo en serio.

Y al final si eres tan malo, si tienes que repetir las cosas doce veces, si te tomas tu brake cada hora, lo que se alcanza a rescatar de ti, son apenas 14 minutos.

En el 2017 salió el primer reboot de los Power Rangers.

Está mejor que la nuestra.

Y aun así, es terrible.

*Cao S. Abogo
Enjambre*

Nostalgia Melancolía.

A mi mamá no la volvía loca que estuviera en el dojo.

Decía que era peligroso, tonto y una deliberada negligencia de su parte.

Y sin embargo me apoyaba como ninguna otra persona podría hacerlo.

"¡No hay contacto, pinche ciego!"

Gritaba la jefa ante cualquier punto en mi contra.

También apoyaba, a su manera, desde el regaño, desde la preocupación y la angustia. Estaba al lado de mi padre en la grada y estuvo de mi lado siempre.

Urbano, el niño quiere.

Urbano, el niño necesita.

Urbano, así nunca va a aprender.

Y también con su

Michel, ya párale.

Michel, ponte en mi lugar.

A mí no me levantas la voz, Michel.

La jefa nos quiso siempre.

Muy cabrón. Muy incondicional. Y muy sincero.

Jefa, ¿a usted le gusta que yo sea karateka?

Pregunté la primera vez que perdí.

Un gordo del que me burlé desde que entré al gimnasio donde se celebrara un torneo local, me sacó en semifinales.

→ embellecer. exultecer. memorable

Yo iba a defender mi título como campeón nacional.

Ese torneo se suponía que era de trámite.

Y pinche gordo, me destrozó.

Papá me regañó como si hubiera gastado mi fondo universitario en drogas duras.

Me confié, pá.

Ándele, por pendejo. Sentenció antes del último bachón.

Pero la jefa me conocía bien. Le bastaba una mirada profunda a mis ojos para saber que no me había confiado.

El pinche gordo me ganó bien.

Di todo de mí y no fue suficiente.

Pero igual le dije a papá que me había confiado.

Entonces, jefa. ¿le gusta que sea karateka?

¿Y a ti? Pregunta ella.

No, sí. O sea, sí.

¿Seguro?

Yo creo... Sí. Cuando gano.

Si nomás te gusta hacerlo cuando ganas...

Ni siquiera tuvo que terminar la oración.

La vida se trata más de fracasar que de otra cosa.

Te vas a caer, Michel. Y muchas veces ni te vas a acabar de levantar cuando ya estés en el suelo otra vez. Mijo, el siguiente año vuelves a ganar y si no, al otro. Y si no, tampoco pasa nada.

Michel

No, no, no, sí pasa. Interrumpió mi padre.

Urbano, cállate. No ayudas.

Era la única que lo frenaba de golpe.

Mijo, si no te gusta ser karateaka o judoca o lo que sea que se les ocurra a tu papá y a ti meterse el mes que entra, no lo hagas. Pero si lo vas a hacer, no puede tratarse nomás de ganar. Siempre, escúchame bien: siempre, tiene que haber algo que te llame desde las entrañas para querer hacerlo. Algo que te diga que tu vida es mejor cuando lo haces.

Y fueron los chingazos. Las artes marciales, pues.

Y qué bueno: porque yo me siento bien de hacerlas y mi papá se siente bien de que las haga.

Eso, mijo. Lo que dijo tu jefa.

Mínimo esfuérate, Urbano.

Comenzaron a discutir como cada tarde.

Es que eso hacían mis papás: discutían.

No peleaban, no. Más bien, se ponían en duda uno al otro, se retaban a pensar más allá de lo evidente.

Mis papás nunca estuvieron de acuerdo en nada a la primera.

Siempre hubo un ¿por qué?, un ¿de dónde sacas eso?, un achis, achis, los mariachis. Y eso hacía que no se aburrieran nunca del otro.

Que se amaran incondicionalmente y por sobre todas las cosas.

Yo la extraño, por supuesto que la extraño.

embellecido ← Silbido de papa
con metadía

Pero mi papá...

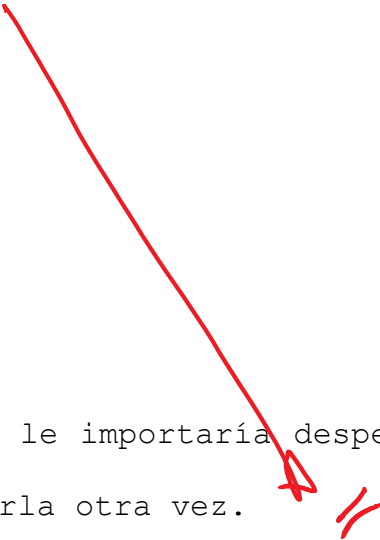
Era nuestra ancla.

Nuestro cable a tierra.

El plomo de nuestros pies.

Mi mamá nos aterrizaba a ambos.

Pero estoy seguro de que a mi papá no le importaría despegar los pies de la tierra, con tal de mirarla otra vez.



¿Qué onda, pa?

Llego de sorpresa a su casa; algo que odia, algo que no hago.

Pero en este momento es importante.

¿Qué ves?

Nada. Zapping. Papá es así. Si no hay nada que le atraiga, no le apaga, le cambia.

Y le cambia.

Y le vuelve a cambiar.

Y le cambia otra vez.

Pasa una hora y empieza el programa que quiere ver. Entonces, y sólo entonces, se detiene.

Pero cuando yo llego el zapping sigue ahí.

¿Qué pasó, chavo? Y sus dedos: clic, clic, clic.

Pues aquí. Visitándote. Quiero contarle que se fue a la mierda la película, pero para qué. Ah mira, los Caballeros...

El zapping avanza un par de canales más y luego retrocede.

Es un capítulo viejo.

La imagen antes cambiante se queda parada en un lugar que resulta familiar para ambos.

Ese eras tú, Urbano. El greñudo.

Shiryū de Dragón aparece entrenando bajo una cascada. Y sí.

Ese era yo.

Qué raro que te acuerdes.

Me acuerdo, chavo. "Los guardines del universo, al triunfar el mal, sin dudarlo salen a combatir, por un mundo ideal"

Mi papá canta y yo reconozco ese canto.

Porque no es un canto cualquiera.

No canta porque le guste, sino porque lo recuerda.

Porque esa canción nos transporta a un tiempo lejano donde la vida no nos exigía más que la complicidad de estar para el otro.

¡Caballeros del Zodiáaaco, contra las fuerzas demÓniacas...!
siempre le causo gracia como sonaba esa parte de la canción.

Y ya. Zapping otra vez.

Me siento a su lado, pensando en si yo he magnificado ese momento que acaba de pasar y para él sólo se trató de un detalle chistoso. Si así he sido toda mi vida: queriendo resignificar lo cotidiano para darle un sentido a este que soy cuando estoy con mi padre.

Qué bueno que viniste, cabrón. Te extrañaba.

Esto no lo puedo estar exagerando.

Por eso me armo de valor.

Le cuento del Ryan, le digo que era mi amigo, le hablo de los pensamientos agresivos que tuve hacia él, pero que jamás podría consumir. La película se fue a la mierda y no creo que el Yorch me llame en un buen rato para volver a hacer algo. Y entre todo eso, él sólo sabe responder:

Deberías volver a la escuela. Si nomás te diste de baja, es más fácil que te acepten sin examen.

Papá...

Urbano, yo a tu edad ya tenía una casa y una familia. No les di mucho, pero al menos nos alcanzaba para vivir. ¿Tú qué piensas hacer?

Ya no soy un niño, digo. Pero el vato está entrado y continúa. ¿Cómo vas a vivir si te corren de todos tus trabajos? ¿De qué te ha servido la disciplina de las artes marciales? ¡Por eso te llevábamos ahí! Cabrón, ¿pos a qué aspiras?

El televisor se detiene en un programa que ambos conocemos. En esa pausa de palabras, David Carradine, en Kung Fu - La leyenda continúa, dice: Para poder enfrentar el futuro, hay que volver al pasado, aunque parezca oscuro y vacío...

Papá ama las artes marciales por la televisión.

Nunca las practicó.

Entre Bruce Lee y Carradine, se podrían encontrar a los maestros improbables de mi padre y responsables de mi educación artemarcialista.

Aquellas palabras de la boca de Kwai Chang Caine, suenan a regaño y entonces papá calla.

No sé a qué aspiro, pá. A ser como tú, creo. Aunque en este momento me parezca que es una aspiración bastante mediocre.

[Y me largo. Como siempre que me voy: con la moral destrozada, dos toneladas de miedos reencontrados y cuestionando por qué sigo yendo a donde él está. *Algo que lo impulse*

Al llegar a mi departamento lo encuentro minúsculo.] Tan lejos de la casa de mis sueños, de mis ambiciones de hace diez años, de lo que pretendía ser hace dos y de lo que juré que sería hace un mes.

Me pregunto, otra vez, otra puta vez, por mis inexistentes hijos, si voy a heredarles mis gustos, mis fantasías frustradas y todo aquello que hoy me tiene deformado el corazón. Si me enojaré con ellos por no lograr lo que yo no me atreví si quiera a intentar.

Entre todo, aprovecho para burlarme de él.

¡Porque soy más!

¡He ganado más!

¡Tengo más!

¡Puedo más!

// Climax de la obra

*Comentarios
de
Carradine*

...

¿Entonces por qué me siento diminuto?

¿Por qué sigo pensando que jamás llenaré unos zapatos que aún no sé de qué tamaño son?

¿Por qué quiero la vida que tuvieron mis padres hace más de treinta años?

Y me doy cuenta de una cosa.

Muy pequeñita. Muy pendeja.

Pero muy real.

No la quiero.

Y río.

Porque no la quiero.

Porque las expectativas se forman, pero los gustos adquiridos las destruyen y crean unas nuevas.

Y mis expectativas ya no son las de mis padres, ni las que tuve antes, ni las que pensé hace un mes.

Mi realidad es la de hoy.

La de este departamento de mierda, al que amo con todo mi maldito ser.

Lavo los trastos sucios. Doblo la ropa regada. Barro el suelo y limpio un espejo donde se refleja todo lo que soy.

Un luchador. Un artemarcialista lo suficientemente bueno para ser stunt; para los brinquitos, las marometitas y los

Lo que
fue en el
comiso

sig.

Aceptación. Resiliencia.
Decisión.

Aceptación
Resiliencia
Decisión
Aceptación
Resiliencia
Decisión

Guitarra Rock 7 → 1:30 min

choquesitos. No tan bueno para compartir escena con el Ryan o ser atleta olímpico. Pero cerca. Y no hay pedo.

Soy un cabrón al que le encanta lo que hace, porque se me hace increíblemente fácil hacerlo. ¡Sí, mi trabajo se me hace pelada y me encanta que me paguen por hacerlo! Porque soy huevón y conformista y está bien.

¿Qué voy a hacer de viejo? Aspiro a ser un anciano chocho que ande por la calle dando de jía's, jía's y jía's y espantando a los niños que juegan por ahí. Y está bien.

Quiero limpiar mi departamento un viernes por la tarde después de una discusión, de un despido, de un momento magnificado que no representa nada y, aún así, sentirme tranquilo.

Aspiro a aferrarme a una zona de confort donde pueda ser feliz. Y está bien.

¿Sabes qué, Urbano? Urbano-padre.

Te vas a enterar de mi mediocridad, de mis fallos, ¡de mi conformidad con esta vida de mierda!

Por eso salgo.

Cierro de un portazo el departamento recién aseado.

Bajo las escaleras. Decidido.

A huevo, ahora sí me vas a escuchar.

Pienso que es una frase que diría mi padre.

Escucho las gotas de lluvia que arrecian, pero no me detienen.

Hoy no.

Y entonces sucede.

En la calle, el ruido de las llantas levantando el agua del pavimento mojado.

Los faros de un auto que se aproxima sin frenar.

Un rechinado de llantas

La oscuridad llenando mis ojos antes del impacto.

El vacío total...

¡Fíjate, pendejo!

Grita un calvo desde el interior del auto que casi me atropella.

Quiero contestarle, pero me quedo mudo.

Mejor regreso.

Pero mañana, Urbano. Mañana...

Igual ya se me pasó la adrenalina o me la tragué con el susto.

Pero mañana...

U hoy...

En el umbral de la puerta que da acceso a mi departamento, está

Urbano. Urbano-padre. Mi padre.

Saludo desde lejos solo con la mano y él hace lo mismo.

Si no fuera más viejo que yo, podríamos pasar por el espejo del otro.

Hola, pá.

¿Qué pasó?

¿Qué pasó?

Tensión
Expectativa
Pizicato

No, pos nomás, aquí.

Bueno...

El ruido de la calle no llena este vacío que somos él y yo cuando estamos cerca. ¿Quieres pasar?

No, gracias...

Ay, pinche viejo necio. Voy a estar adentro. Está abierto.

Y claro que no entra. ¡Pura verga que va a hacer algo que le suene a orden!

Pasan los minutos y cuando pienso que ya estará caminando hacia su casa, enciendo el televisor.

Chavo... se escucha mientras sus dedos impactan la puerta.

Y yo estoy a punto de responder, de caer en todas las convenciones, de ofrecerle el café de los viernes, la cheve de los domingos, de platicar sobre la UFC y apasionarnos como si tratáramos los temas verdaderamente trascendentales que hemos dejado pasar durante tantos años.

Pero antes de hacer cualquiera de estas cosas, el viejo habla.

Mi padre, chavo...

Ya está pedo.

Mi padre. Bueno, yo te he contado que. Bueno, la cosa... Él quería. Yo no. Pero... pues, esto es lo que soy.

No me estás diciendo una mierda, viejo.

Estamos haciendo lo de siempre.

Mi papá llora por todo, pero nunca dice nada.

Otra vez a lo mismo. Una o dos lágrimas que no sirven de nada mientras las palabras no se suelten. Pero lo intenta, no puedo decir que no lo intenta. Al menos hoy no.

Está cabrón, chavo. Eso es lo que quiero decir. ¡Que está cabrón!

Espérame, chavo. Está cabrón ser lo que uno es. Porque nunca es suficiente. Y mi padre era cabrón, porque lo era y yo no solamente no fui suficiente para él. No. No fui suficiente para el mundo.

// Cuando volteas a cualquier parte, te das cuenta de que siempre hay alguien mejor, alguien que puede más. Chavo, Bruce Lee se curó la columna con pura meditación, yo te conté eso. ¿Te acuerdas que estuve enfermo, tirado en cama como por dos semanas? Ni cerca. No ~~yo~~ necesité medicamento. Lo que quiero decir es que... Pos, chavo, no tienes que intentar ser yo. Y eso era todo. Porque en realidad yo no he logrado nada. Porque yo quise ser mi papá y ¿sabes qué, chavo? Él tampoco era para tanto. ~~x~~

¡Ca-ra-jo!

Y cuando el vato está entrado, ni quien lo detenga.

Chavo, aunque nadie lo sepa, aunque nadie la vea, yo estoy orgulloso de ti. Yo sé que no se nota. Pero lo estoy. Eres todavía joven y ya cumpliste tu sueño de ser el Power Ranger Rojo. No creas que no me acuerdo que de morro decías: yo soy

Contraste.
Musical.
Emocional.

ese. Y el Shiryu y el Oliver y el Arnold y todos esos. Porque me acuerdo. Y por eso me puede que nadie se va a enterar de que cumpliste tu sueño, pero yo voy a saber. Y tú. Principalmente tú, chavo.

No me interrumpas, por favor.

Está cabrón saber que mi hijo se queda sin trabajo. Y ahí sí no me voy a arrepentir de decirte que me preocupa, ¡porque me preocupa! Pero estás viviendo. Y a tu manera haciendo realidad tus sueños. Y estoy feliz de que lo hagas. Eso es lo que quería decir, chavo. Eso es todo. ¿Te pasas por la casa en la semana? Sí...

Es la única palabra que alcanzo a pronunciar.

Adiós, papá.

El umbral de la puerta vacío.

Ausencia de aire, de presencia, de todo.

Un ensueño que simplemente es eso.

Entre todas las expectativas, tengo sólo una y es la más grande.

Y es imposible.

Vuelvo la mirada al televisor, pensando que me encantaría que la vida sucediera como en las películas rosas, donde unos minutos y tres líneas de guion, resuelven una existencia de dudas, de complejos y heridas arraigadas. Pensando en mi nombre y su condena, mientras Bruce Lee derriba a un montón de stunts, como yo, para la dicha de espectadores, como mi padre.

// Contraste
Acción
Rock.

Fin. Más o menos.

